Esclava de tus secretos

«Cuando el deseo se entrelaza con el misterio, ningún secreto queda a salvo»

Fernanda Sossa

Esclava de tus secretos

«Cuando el deseo se entrelaza con el misterio, ningún secreto queda a salvo»

Fernanda Sossa

Avant
editorial

Primera edición, febrero de 2026
© Fernanda Sossa, 2026

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-87805-67-8
THEMA: FRD - FRX - FQ
DEPOSITO LEGAL: M-5873-2026

Gracias a mi madre
por impulsar
a que no abandone
mis ganas de crear.

Capítulo 1

La fe mueve montañas, pero entre más descubro al ser humano más segura estoy que lo que mueve al ser humano eran los condicionamientos internos, los llamados traumas. No puedo negar que en mi vida sigo ciertos ideales cegados por el ego y la necesidad de agradar, pero si quiero triunfar es necesario guiarse a veces por tales conflictos mentales.

En un pueblo a 40 minutos de Granada capital llamado Órgiva me encontraba yo, Valeria Herrera, dirigiéndome a la iglesia principal del pueblo, que tenía un aspecto descuidado. Este lugar se encontraba entre medio de las montañas lejos de todo. La gente aquí se dedica principalmente al campo. No le tenía mucho cariño a mi pueblo, prefería las grandes ciudades. Subir cuestas para subir del centro a mi casa no me daba gracia y el calor en verano era insoportable. Lo único bueno era que no había tanta contaminación e incluso

la vegetación tan verde con la montaña nevada tan cerca eran bonitas de admirar.

Aquí había pasado mi infancia y adolescencia lejos del bullicio de la ciudad. Fue en este lugar donde conocí el fracaso. Todos en el pueblo se conocen y si fracasas todo el mundo se entera y yo desde pequeña supe evitar esto. Seguramente por esa razón es mi fascinación de analizar a la gente psicológicamente, quiero saber lo que están pensando y aún más que están pensando de mí.

Era un día soleado de verano, un domingo en la mañana cualquiera, estaba entrando a la iglesia con la mejor ropa que encontré, alisándome mi pelo pelirrojo, tenía que impresionar a cierta persona. Entro a la capilla y me encuentro con Daniel, el sacerdote más joven del pueblo, esperándome como siempre. Me miró con una sonrisa sexy o talvez fue solo mi imaginación.

—Se ve que tienes ganas de confesarte hoy, Vale —dijo Daniel riendo suavemente, no puedo evitar pensar en mil situaciones donde él me besa con esos labios jugosos, madre mía, ya sé que es un sacerdote y tiene voto de castidad, ¡pero esta tan bueno!

—Tengo unos pecados acumulados y tú sabes que no quiero ir al infierno. — tartamudee toda nerviosa, tenía que decirle a Daniel lo que hice, no podía decirles a mis padres o me matarían y seguramente le dirían a los demás del pueblo y no solo me quedaría sola, ya

que estudiar en exceso hace que uno no tenga muchos amigos, sino que sería despreciada.

—Vamos al confesionario y encomiéndate a Dios —susurró Daniel con ánimo. La verdad desde que me interesé en la psicología, la carrera en la que espero estudiar a partir de ahora, puedo explicar el mundo perfectamente sin un Dios, no obstante, necesitaba que Daniel me escuchara y solo talvez aumentar un poco mi frágil fe.

Entramos a la iglesia y seguí a Daniel hasta el confesionario, me instalé toda nerviosa moviendo mi pie izquierdo sin parar.

—Muy bien Valeria, puedo.

—¡HICE TRAMPA! — grité antes que Daniel… o Dios… terminara la frase.

—Explícate —dijo Daniel extrañado.

—En el examen de acceso a la universidad hice trampa, tú ya sabes que uno se pone bastante nervioso en ese tipo de situaciones y…

—Pero, Vale, tú siempre eres la primera en lo que a notas se refiere. ¿Por qué hiciste trampa?

—Pues como estaba muy intranquila el día anterior al examen me di cuenta de que lo que había estudiado en 6 meses se me había olvidado todo, je, je, je — reí con una risa ansiosa— así que escribí todo en un papel y…

—Ya es suficiente —dijo Daniel comprensivo pero firme—. Dios sabe que eres una buena chica, no

hables más. Si no tienes nada más que decir reza tres padres nuestros y cuatro aves Marías.

—¿De verdad soy una buena chica? —pregunte desesperada.

—Si lo eres.

—Gracias —susurré aliviada.

Con Daniel siempre encontraba la paz, era el chico perfecto para mí, estoy segura. Salí del confesionario y caminé hacia los bancos de la desolada iglesia, fingí rezar mientras tarareaba una canción de Shakira para luego despedirme de Daniel y salir del edificio. ¿El sacerdote se habrá fijado en mi ropa o será tan puro de alma que no le importará lo carnal?

Me senté en las escaleras a la entrada del recinto, solo había un chico dándome la espalda sentado delante de mí, por lo tanto, tuve la suficiente intimidad para prender un cigarro. Este iba ser mi segundo cigarro en mi vida, el primero lo fume en la fiesta de graduación del último curso del instituto. Todos esperaban que la centrada y estudiosa Valeria hiciera algo atrevido y yo no podía defraudarlos.

El tiempo estaba perfecto, estaba soleado, pero no había mucho calor. Mire a la lejanía del cielo y me jure a mí misma que mi futuro iba ser grande y maravilloso. Empecé a fumar como pude, pero de inmediato comencé a toser como enferma. Mis pulmones no estaban acostumbrados, era evidente.

—Que tonta —escuche a alguien que pronunciaba esas palabras con una voz grave y mi corazón se aceleró— ni siquiera sabes fumar bien.

De inmediato vi a aquel chico delante de mí viéndome, estaba conteniéndose la risa. Tenía el cabello negro azabache, ojos color verde menta, mandíbula cuadrada y extremidades largas. Tampoco pude examinarlo mucho porque estaba roja de la vergüenza.

—¿Quieres… probar mi cigarro…? —¡Qué estúpida fui!, estaba tan nerviosa que no sabía que decir y dije lo primero que se me ocurrió. Lo bueno es que sabía que aquel chico no era de por aquí y no les diría a mis compañeros de instituto nada de esto.

—Yo no fumo, ja, ja, ja, pero al menos tengo más idea que tú —dijo aquel chico haciéndome cabrear más—. ¿Qué te paso? ¿Te pusiste tan nerviosa de rezar el padre nuestro que viniste aquí a intentar hacer algo con la última neurona que te quedaba?

—¡Ey! Yo no te he faltado el respeto, descerebrado —dije con una gran impotencia. ¿Qué se creía ese tipo?, pero luego se me ocurrió algo—. Veo que tienes carencias emocionales importantes porque tanto insulto no es normal. —Había leído en una investigación que las personas sin estabilidad emocional insultaban a los demás sin razón, yo leía este tipo de informes porque quería conocer el comportamiento de la gente que me rodeaba y ahora me venía de maravilla.

—Perdona si me he pasado, ¿pero de verdad no sabes diferenciar entre una broma y cuando te dicen algo enserio? —dijo para luego reír a carcajadas, haciendo que me tapara la cara con mis manos—. Ey, no te escondas, ja, ja, ja.

—Deberías dejar de hacer esas bromas —le reprocho enojada.

—Eres linda cuando te enojas zanahoria.

—Espera… ¿Cómo me llamaste?

Nuestra «conversación» fue interrumpida por el pitido de una bocina. De la impresión se me cayó el cigarro al suelo. El pitido provenía de un coche que aparcó temporalmente junto a la calle de la iglesia. Eran unos chicos que nos miraban fijamente.

—Otra vez ligando Lucas, ven para acá nos vamos —dijo el copiloto. El chico que ahora sé que se llama Lucas, fue donde ellos sin despedirse, se subió al coche y desapareció sin más por la carretera.

—¡Yo no soy una zanahoria! —grite con todas mis fuerzas, pero creo que no me escuchó.

(…)

Estaba caminando para mi casa lo más lento que podía, la calma que me había proporcionado Daniel la había arruinado aquel sujeto. ¿Habrá dicho que aquellos insultos eran broma como una excusa? Probablemente, pero yo no fui capaz de confrontarlo. Bueno, lo que sea, nunca más tendré que ver a ese chico por lo tanto no vale la pena pensar más en él.

Hoy dan los resultados del examen de acceso a la universidad y no tengo ni idea de cómo me fue. Ser psicóloga es una carrera del cual estoy más que preparada, he leído mucho al respecto. Nada se interpondrá en mi camino, si es necesario me iluminaré como buda o separaré las aguas como Moisés, pero si no tengo el puntaje suficiente para entrar en psicología moriré. Estaría condenada a vivir siempre en este pueblo en medio de las montañas como una campesina haciendo psicoanálisis a las cabras. Quiero ser como Freud, Jung, Campbell, ganar un premio Nobel y besar a Daniel aunque esto último no viene mucho al caso.

Quiero ser alguien que identifique el trauma principal de las personas y los libere de ello, que sean los héroes de su propia historia como yo planeo ser de la mía.

De tanto pensar no me di cuenta de que había llegado a mi casa y al entrar vi todo decorado con globos rosa, serpentinas y un cartel que decía «Valeria, nuestra futura psicóloga».

—¡Sorpresa! Hoy sabemos la nota de tú examen. —Gritaron mis padres al unísono—. Vamos, ven al ordenador a ver tu puntaje.

—¡Papás!, ¿Por qué hicieron todo esto? Aún no sé cómo me fue. La decoración es escandalosa y no me gusta el rosado pastel.

—Hija, tú siempre te sacas las mejores notas, sabemos que te fue bien si ni siquiera ver el comunicado.

Quisimos adelantar la celebración —dijo mi madre con euforia—. Si quieres después cantamos karaoke aunque sabemos que es una de las pocas cosas que se te da fatal.

—Ja, ja, ja... —dije con ironía, mi sueño frustrado de ser cantante aún me atormentaba por las noches.

—Preciosa, si a los cinco años te encantaba el color rosado pastel, lo escogí yo mismo —comentó mi padre—, tu mamá y yo tendremos que volver al trabajo pronto, por favor veamos tus notas.

Encendí el ordenador con nerviosismo, puse Google, entre a la página correspondiente, puse mi usuario y casi se me olvida mi contraseña por los nervios, cargué la página y ahí estaban, mis notas.

—No puede ser —grite.

—¡Tienes un puntaje de 13,1 sobre 14! —dijeron mis padres sin poder ocultar su frenética emoción.

Nos abrazamos los tres y saltamos en círculo de emoción. Después nos pusimos a bailar y a decir tonterías para luego calmarnos y centrarnos.

—Puedes ir a la Universidad de Barcelona con ese puntaje —dijo mi padre con orgullo.

—Prefiero ir a la Universidad de Granada, no sé catalán y Barcelona queda muy lejos —dije pensativa—. Granada queda a 40 minutos, es muy lejos para ir todos los días, pero puedo alojarme en un colegio mayor o en una residencia de estudiantes.

—Te apoyaremos a donde quieras que vayas —dijeron mis padres comprensivos, supongo que me dejan más libertad en esos asuntos porque mis grandes notas deben demostrar madurez de mi parte.

—Está decidido —afirme—, iré a la Universidad de Granada, haré la matricula ahora mismo.

(…)

Estábamos mi familia y yo cantando «Somebody to Love» de Queen a todo pulmón en el coche a través de la carretera dirección a Granada capital, era un día soleado, de los últimos de este verano que ya se iba acabar. Iba en el asiento detrás del copiloto y a mi lado había una jaula pequeña con mi hámster sirio Tili, no podía dejarla en el pueblo sola.

Era domingo, y al siguiente día iba a empezar la universidad, en el grado de Psicología. No pare de estudiar todo el verano, tenía que estar lista para destacar en clase. Cuando sea una psicóloga famosa la gente entrevistará a mis profesores universitarios preguntándoles como era yo y ellos deberán decir «un genio sin duda, intrépida, audaz, de mente ágil y corazón bondadoso», ¡me sonrojo de solo pensarlo!

Llegamos a Granada, una ciudad verde, edificios enormes y con gente diversa, todo muy diferente del lugar de donde vengo. Mis padres contentos con mi desempeño aceptaron pagarme cualquier residencia,

así que escogí una cerca de la catedral. Solo tenía que tomar el autobús número ocho para llegar al campus. También permitían pequeñas mascotas, algo difícil de encontrar.

Pero mi felicidad se vio obstaculizada por mi pensamiento intrusivo de que no merecía nada de esto porque había hecho trampa en el dichoso examen. ¿Cómo pretendía triunfar si en realidad no valía para ello? ¿Me estaba engañando a mí misma? Recordé las palabras de Daniel y me calmé un poco, aunque automáticamente me acorde del chico que vi ese día en la escalera de la iglesia, a ese tal Lucas, menos mal que ya no lo voy a ver más.

Llegamos a la residencia a la una de la tarde, era un edificio antiguo de estilo rococó, blanco desgastado y altas ventanas. Salí del coche con la jaula de Tili en la mano y me dirigí a la antigua puerta marrón con mis padres y la golpeé de forma tímida. Salió una mujer rubia de mediana edad con colorete intenso y pestañas postizas horrorosas a recibirnos.

—¡Hola!, tú debes ser Valeria, bienvenida a la residencia de estudiantes 14, soy la dueña del lugar —dijo la mujer con un falso optimismo.

—Buenas tardes —dije con cortesía.

—Muy buenas tardes — ¡dijo mi padre—, espero dejar a mi hija en buenas manos, disculpe, ¿Cómo se llama?

—Me llamo Jessica Park.

—Por su acento y su nombre claramente no es de España —dedujo mi madre y yo le encontré mucho sentido.

—Ja, ja, ja, claro que no nací en España, soy de Inglaterra. —Al parecer la situación le causo gracia a aquella mujer—. Entremos para hablar de los pagos y las reglas del lugar. ¡Ah, sí es verdad! Te tengo que mostrar tu habitación, querida Valeria.

Entramos al edificio, mis padres se quedaron esperando en la sala principal, decorada con un estilo moderno, hay que admitir que la mujer tiene buen gusto, y yo seguí a Jessica a lo que sería mi nueva habitación.

Ella abrió la puerta y entre a una habitación con un armario empotrado blanco, dos camas de color gris, suelo de madera marrón claro y una gran ventana en donde se podía ver todo el patio trasero de la residencia. En una de las camas estaba acostada una chica con flequillo, cabello largo color chocolate, teñido seguramente, y de ascendencia asiática. Estaba leyendo una revista de ciencia en inglés y cuando me vio no pudo evitar sonreír.

—Por fin ya no estaré sola —dijo la chica de manera risueña—. Hola, me llamo Alejandra, pero me puedes decir Ale.

—Hola, me llamo Valeria Herrera, espero que nos llevemos bien.

—Obviamente nos llevaremos bien, no te preocupes, te llevaré a las mejores fiestas. No es por presumir, pero soy una buena anfitriona.

Noooo, yo no quería una compañera de habitación. No podré cantar canciones de Shakira a todo pulmón tranquila ni podré hacer mis siete horas de estudio sin distracciones. Aunque este año me puse como una de mis metas ser la universitaria que yo siempre soñé y eso incluye fiestas y amigos. La situación no esta tan mal.

Instale a Tili en un rincón de la habitación y con mis padres bajamos del coche todas mis cosas y la trasladamos adentro de la residencia. Papá y mamá hablaron con Jessica de la mensualidad y al ver todo en orden, sin antes amenazar a la rubia con que ellos eran policías y si me pasaba algo la crucificaban, se fueron a despedirse de mí.

Nos despedimos en la calle, ellos ya instalados en el coche con lágrimas en los ojos y muchas esperanzas puestas en mí. Siento la presión sobre mis hombros y me pongo a llorar.

—Hija, ¿Qué te pasa? ¿Estás bien? —pregunto mi madre desconcertada—. No me digas que nos vas a extrañar mucho más de lo que pensábamos.

—No sé si podré hacerlo mamá, me siento tan inútil. ¿Y qué pasa si la universidad no es para mí? ¿Qué pasa si no sirvo para ser psicóloga? —digo con lágrimas en los ojos.

—Deja de decir tanta estupidez y destroza el trasero de tus compañeros de carrera —dijo mi padre con una sonrisa en la boca—. Confiamos en ti cariño, no nos defraudarás.

Y con esas últimas palabras se fueron a Órgiva, mi pueblo, donde dejé enterrada mi antigua vida. Mañana será el primer día del resto de mi existencia.

—¡No me rendiré! —grite en medio de la calle viendo como mis padres se iban—. ¿Escucharon? No me rendiré nunca.

De repente me doy vuelta y veo un coche andando a toda velocidad hacia mi dirección. Quede paralizada, no sabía qué hacer. Al último momento reaccioné y me moví para el lado. El coche frenó de golpe, luego se bajó el conductor. Literalmente casi muero antes de que empiece mi verdadera vida, no sé si será una señal de catástrofe o de renovación espiritual de que tanto me habla Daniel, que por cierto ya no lo podré ver tan seguido.

—Disculpa, no te vi —dijo el conductor con una voz familiar.

—Espera un momento… ¿Lucas?

—¿Zanahoria?

Capítulo 2

Me quede mirando perpleja a ese chico, sorpresa es lo que sentía. Ese sentimiento tan fugaz e intenso. Tan necesaria para una vida humana, tan innecesaria para mí.

—No puede ser… ¡No puede ser! — tartamudee sorprendida.

—Ya veo que has salido de tu rancho, Zanahoria —dijo Lucas con una risa presumida.

—¡Ejem! Lucas, apresúrate, cariño. Me tienes que llevar a mi departamento recuerda. —Era la voz de una chica que estaba en el asiento del copiloto del coche con el que el pelinegro casi me atropella.

Estaba completamente disgustada. ¿El karma era real? Porque esta era una prueba clara de ello. Era seguramente Dios dándome una lección por haber copiado en el examen de acceso. Con una risa nerviosa entre corriendo a la residencia sin mirar atrás. No quería